

con sus mismas armas. No les importaba tanto obtener una victoria nacional, ni aun la restauración de Bélgica, como salvar a toda la humanidad, inclusive los alemanes, del azote del militarismo.

Había muchos otros que no creían en la justicia de la guerra. El pacifismo estaba mucho más difundido en Inglaterra, antes de la guerra, de lo que podría indicar el número de los que se oponían por escrúpulos de conciencia. Por supuesto que mucho de ese pacifismo era de una clase algo despreciable, que sucumbió, aunque rebeldemente, a las primeras medidas de coacción. Mas esto no es todo. Uno de los fenómenos más extraordinarios de la guerra es el enorme número de pacifistas conscientes que, conservando hasta el fin su reprobación de la guerra, se alistaron, no por la fuerza, sino por impulsos que podrían propiamente llamarse morales.

Dos fueron tales móviles: uno, la convicción de que todo hombre debía entrar en la hermandad del sufrimiento. Tales individuos no podían soportar la idea de ver al mundo en agonía

y perman
mún. Podi
que la gu
decer tan
demás pa
exaltado
terminaron
dir de su
parece alg
do en una
con el co
la guerra,
lor del m
penalidad
oponiendo
guerra y
no menos
sobrelleva
que se ne
por ser fi
demos me
partido ha
ra ellos, y
fácil.

Los o
creyeron
tas en ti
estaban c
es un er